

CB33

C3

v.3

INTRODUCCION.

LECCION PRIMERA.

SEÑORES:

Nunca he sentido tanto la debilidad de mis fuerzas, como esta noche en que debo nuevamente comenzar mis conferencias sobre la civilizacion en los cinco primeros siglos del cristianismo, interrumpidas, primero por una de esas desgracias que dejan huellas hondísimas en la vida, y despues por la desconfianza cada día mayor de mí mismo; desconfianza que crece á medida que crecen los favores de ese amigo, si desconocido, constante, que se llama el público; desconfianza que en vano pretendiera ocultar, porque se revela en cada uno de mis actos y en cada una de mis palabras; desconfianza, que solo puede ser vencida por la conviccion profunda, incontrastable, que tengo de que si en todo tiempo ha sido necesario estudiar la raíz de nuestra vida, el principio de nuestra civilizacion, el cristianismo, y estudiarlo no solo para conocerlo, sino para sentirlo, y sentirlo, no solo para amarlo, sino para practicar sus grandes doctrinas morales, en ningun tiempo esta necesidad ha subido de punto como hoy, en que confundido lo temporal con lo religioso, borradas aquellas nociones de puro espiritualismo que nos mostraban el reino de Dios como una esperanza infinita entre los arreboles del cielo, convertida la religion en instrumento de pasiones políticas por una escuela que se ha empeñado en profanarla,

declarada incompatible la civilizacion con el cristianismo por los que intentan torpemente sujetarnos á la coyunda feudal, rota con sin igual esfuerzo por las revoluciones modernas, precisa recordar la imágen de aquel que nació en un establo, y vivió en la pobreza, y murió en la cruz, sus pobres apóstoles, sus luchas con el poder romano, sus promesas y sus esperanzas; á fin de persuadir á los enemigos de la civilizacion á que convengan con nosotros en que esta corriente eléctrica, impalpable, pero vivificante, que á todos mas ó ménos en su impulso nos arrastra, y que obliga á los poderosos á bajar la frente, y á los humildes á recabar su dignidad perdida, ha nacido, como de su origen, del sentimiento cristiano, que nos inspiró la libertad y la igualdad ante Dios, para que al fin de diez y nueve siglos de lentas y seguras elaboraciones, dedujéramos la libertad y la igualdad ante la sociedad; principios secundísimos que son como el espíritu y la vida de la moderna civilizacion. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Y de este divorcio que se intenta entre la libertad y el cristianismo ¿qué proviene? ¡Ah, señores! proviene un mal gravísimo, profundísimo, enormísimo; proviene el que muchos espíritus que podrian elevarse en alas de la idea religiosa á las mayores alturas de la ciencia, no vean tras los coros de los mundos y las armonías de las esferas nada mas que la soledad infinita, el eterno abismo eternamente vacío; y en el fondo de sus corazones por toda esperanza la eterna muerte y el eterno sueño, y á su alrededor la materia llenándolo todo con sus átomos que ahogan el alma, y en último término la nada, que á manera de inmensa ave nocturna extiende sus negras alas sobre el sol y los cielos y roe y devora todo el Universo. (Bien, bien). Y hagan lo que quieran, digan lo que digan aquellos que por tales despeñaderos arrastran con su grosero tradicionalismo á las inteligencias, ansiosas de libertad y de luz, lo cierto es que todos los que creemos que la religion es una necesidad de la vida, y profesamos una filosofia elevada y consoladora, miéntras nos quede una palabra en los labios, un aliento en el pecho, debemos pugnar por salvar de este materialismo la fé en Dios, en la inmortalidad del alma; la certeza de que lo esencial en nuestro sér y en nuestra vida es la ley moral por Dios grabada en la conciencia; la seguridad de que esas alas misteriosísimas del espíritu que se llaman ideas, léjos de precipitarnos en el polvo, nos elevan á lo infinito con su constante vuelo; la íntima conviccion de que el tiempo que gasta bajo su rueda el cuerpo, no llegará nunca hasta gastar el alma; la esperanza, en fin, de que cuando llegue esa

última hora que llevamos escondida en la movible vida, léjos de convertirnos en un puñado de polvo que venga á caer sobre la tierra, por las buenas ideas que hayamos vertido, por las buenas obras que hayamos hecho, nos hemos de transformar en otra vida, alcanzando el amor infinito para llenar el abismo de nuestro corazon, y la intuicion de Dios, eterno ideal de nuestra inteligencia. (Aplausos).

Yo no comprendo, no puedo comprender cómo siendo de origen esencialmente pagano todo cuanto se arruina en Europa; la teocracia del primitivo Oriente; la autocracia de los persas y babilonios; la monarquía absoluta de los tiempos del imperio romano; la aristocracia feudal de los pueblos bárbaros que adoraban sus dioses antropófagos en el seno de sus oscuras selvas; las castas de la India, del Egipto; la diferencia de derechos, y por consiguiente el privilegio de todas las naciones que no alcanzaron la idea de la unidad humana; no comprendo, no puedo comprender cómo siendo paganos todos esos viejos monumentos que el suelo sacratísimo de Europa, agitado por la gestacion de nuevos elementos sociales, arroja de sí, como el mar arroja los cadáveres, se los quiere sostener, apuntalar con las ideas divinas de aquel que pudiendo ceñirse todas las coronas de la tierra se ciñó una corona de espinas; que pudiendo sentarse en el Capitolio y tener bajo sus plantas la cerviz de la humanidad entera, no tuvo mas trono que su pobre choza en vida y su desnuda cruz en muerte; que pudiendo tomar por apóstoles á los soldados y á los patricios romanos, los reyes de la tierra, tomó pobres pescadores sin mas creencia que su fé, ni mas patrimonio que sus redes; que pudiendo haberse diferenciado de los demas hombres, esentándose de lo que á todos nos iguala, del dolor, abrazó el sacrificio y aceptó aquella muerte, por la cual se conmovió la insensible materia, y se quebraron de dolor hasta las piedras, mas compasivas que el corazon de los tiranos (bien, bien); aquella muerte que mostrará eternamente que los poderes opresores, no solo ponen su aleve mano sobre la inviolable conciencia del hombre, sino que pretenden audaces en su soberbia ahogar algo mas sagrado, el pensamiento de Dios, alma de la humanidad, vida de la naturaleza. (Repetidos y prolongados aplausos.)

En efecto, señores, ó filosóficamente considerada, la venida del cristianismo nada significa, ó significa la protesta viva, enérgica contra el sensualismo pagano, contra el afán del hombre por encenegarse en la materia. Deteneos, señores, un momento conmigo á contemplar la sociedad que venia á combatir y derrocar al Cristianismo. Los dioses

habian perdido aquella inocencia con que surgieran del seno de la naturaleza, puros como un nuevo día del espíritu humano, y habian caido en los mismos vicios que los hombres; los cultos antiguos, en que entraban como principales ofrendas las flores del campo, la miel recién cogida de los panales, la lira de los poetas, los coros de las vírgenes tocados de la universal podredumbre, eran como una inmensa orgía donde resonaba el beso del placer y se ofrecia el holocausto de la prostitucion; las antiguas creencias, cuyo primer objeto fuera cubrir con las doradas nubes de la poesía las faenas del campo, hallábanse trocadas en sortilegios y magia, supersticiones delirantes, hijas de la exaltacion, del frenesí de los sentidos; los emperadores corrompian mas y mas aquel mundo con su doctrina y con su ejemplo; el ejército, elemento de vida en todas las sociedades que solo descansan en la fuerza, no podia sobrellevar la lanza de sus padres que subyugara la tierra; los filósofos estóicos que protestaban contra la general inmortalidad, ó eran desoidos ó espulsados de Roma; los jurisconsultos que se prestaban á sancionar los crímenes de la tiranía, morian al pié de los tiranos, el pater-familias que tan grande y saludable autoridad ejerciera en los primeros tiempos, temblaba en presencia de sus hijos convertidos en seides de los espías del César; la casta y pura matrona romana, la eterna Lucrecia, trocaba su traje de lana, hilado y tejido en el hogar, por el manto de gasa oriental que descubria sus formas en el Circo; el esclavo, el mal incurable de la antigua sociedad, se habia sobrepuesto por una venganza justa de la naturaleza á todos los ciudadanos, y así como llenaba el foro con sus turbas, ocupaba muchas veces el abandonado lecho del patricio y corrompia la familia; triste sociedad que no se hallaba representada como la antigua República por las curias, por los comicios ó por el Senado, sino por el teatro, donde un pueblo embriagado se divertia con los amores de Pasiphae; por el Circo, donde corría en el pavimento cubierto de polvo de oro, de azafran y minio la sangre humana á torrentes; por los festines, donde las mesas eran de marfil, los lechos de púrpura, donde las áureas bóvedas llovian esencias y las lámparas se alimentaban con aceite de nardo, donde el señor romano, coronado de flores que facilitaban á sus cargadas sienes las evaporaciones del vino, comia cabezas de papagayos, sesos de faisanes, lenguas de ratseñores, habas mezcladas con ámbar, arroz con perlas; al mismo tiempo que la esclava griega entonaba versos eróticos, y la bailarina gaditana danzaba al son de los crótalos, despidiendo de sus negros ojos rayos de placer, y

los cómicos representaban indecentes pantomimas, y los gladiadores se herian entre sí para ofrecer el espectáculo de la muerte, y el rey del festin, con la copa rebosando vino perfumado de esencias de rosas en las manos, ofrecia en continuas libaciones á los dioses lares el espíritu de aquella sociedad que, sorprendida en su lecho por el hastío, no tenia mas remedio que dormir el sueño que viene siempre en pos de los placeres, para despertar en brazos de la muerte. (Prolongados aplausos.)

Por eso era necesaria una sociedad espiritualista que contrastase el materialismo del mundo pagano y lo purgara de este grave mal. Y bajo aquellos teatros, aquellos circos, aquellos triclinios, escondíase la sociedad cristiana de las Catacumbas. Poned frente á frente la sociedad pagana y la sociedad cristiana, y vereis que esta ha venido á ahogar con las grandes virtudes del espíritu el sensualismo de aquella. Mientras la una concibe la vida como apegada á la tierra, la otra concibe la vida como una aspiracion continua á los cielos; y así el pagano cree que toda injusticia le es permitida por su patria, y el cristiano que toda patria le es estraña, ó que toda la tierra es su patria; el pagano acaricia las grandes ambiciones que agitan de continuo su vida, y el cristiano las grandes virtudes que le han de servir para mas allá de la muerte; el pagano sueña con el poder político de un día, y el cristiano con el poder de su idea, que es el poder de todos los tiempos; el pagano corrompe la antigua familia patricia encenegándose cada vez mas en el concubinato, y el cristiano la purifica con la idea de la union eterna de las almas; para el pagano el amor es como un beso fugaz, como el vapor del vino en el festin, y para el cristiano como la sangre del corazon, como la vida del espíritu; y así el uno va al teatro, el otro al templo; el uno cree en la aristocracia y en el privilegio ganado por las armas, y el otro en la igualdad de todos los hombres, en el espíritu de Cristo; el uno acude al festin á embriagarse con todos los placeres de los sentidos, y el otro á las agapas á comer con sus hermanos el pan de la eterna vida; el uno al Circo á ver morir al gladiador entre los dientes de las fieras, y el otro solo va al circo á dar su vida para testificar la santidad de su doctrina; porque el pagano es el materialismo que muere, y el cristiano el espiritualismo que nace; de suerte, señores, que los que creen que el porvenir de una idea, toda del cielo, toda para el cielo, está unido al pedazo feudal de la tierra de un rey, han desertado del espíritu santo é inmortal del verdadero Cristianismo. (Estrepitosos aplausos.)

En efecto, señores, nunca el mundo había necesitado tanto una verdad espiritual y religiosa, como en el momento en que apareció el Cristianismo. El paganismo griego, que era la religion de la fantasía, así como el fetichismo oriental había sido la religion del sentimiento; y el paganismo romano que era la religion de la inteligencia, así como el paganismo griego había sido la religion de la fantasía; uno y otro paganismo reclamaban, heridos de muerte, una religion que abrazara toda la vida, todo el espíritu. Los dogmas paganos habían pasado por todas las transformaciones posibles de la idea, y ya no daban alimento á la civilizacion. Para estudiar el paganismo es indispensable estudiarlo en la tierra de la idea, de la metafísica, del arte, en Grecia. Aunque el pueblo heleno se dividiera en cuatro razas, dos solamente puede decirse que caracterizan toda la vida griega; la raza jónica y la raza doria. Los dorios son aristócratas; los jonios demócratas; y mientras aquellos representan la inmovilidad oriental, estos representan el movimiento griego. Son los jonios navegantes, y su espíritu tiene algo de la inmensidad del mar, de sus colores cambiantes, de sus variables brisas, de sus eternos cánticos y de su eterno movimiento; son los dorios agricultores, y su espíritu tiene mucho de la uniformidad invariable en el cambio de las estaciones; y su vida en su crecimiento se asemeja á la vida de los vegetales. Pero si los jonios traen los dioses marinos, y los dorios los dioses agrícolas, unos y otros adoran sencillamente, bajo la faz de estos dioses, la vida primitiva de la naturaleza. El paganismo clásico había sido, pues, en su origen la religion sencilla de las fuerzas de la naturaleza y de las fuerzas del trabajo; la religion del navegante que sintiendo la ola doblarse bajo la quilla, y el viento temblar en las lonas, y las espumas y las estelas seguirle, y el horizonte perderse en lo infinito, adoraba los astros que le señalaban su camino, la frente de la tuna, que cuando clara le prometía bonanza, y cuando enrojecida tempestades; el disco del sol levantándose por Oriente; la religion del pastor, que al despertarse la mañana lleva su ganado á que pascie la yerba cargada de rocío, y al primer chirrido de la cigarra en el verano á que beba en el remanso del arroyo, y al mediodía á que se seste bajo las encinas consagradas á Zeus, y á que pascie de nuevo dirigiéndose al aprisco, cuando viene la noche, y se oyen al aparecer la estrella de la tarde, el primer grito de la ave nocturna que sale de su madriguera, y el postrer gorgo del ruiseñor sobre su nido; la religion del labrador que bajo el amparo de sus dioses abre con la reja la tierra, y llena de verdor los campos, y enla-

za el sarmiento de la vid con los copudos olmos, y une los bueyes al arado, y guía el arroyo que murmura entre las guijas á fecundar su trabajo, y siembra en el invierno, y siega en el estío, y vendimia en el otoño, y en las largas noches de nieve, cuando el viento y la lluvia azotan su cabafia, corta la resinosa tea, mientras su compañera, su amada, cantando tristemente, como para acompañar el gemido de la naturaleza, ya toma la rueca, ya de rodillas sobre las piedras del hogar cuece el oloroso mosto y lo espuma con una ramilla de lentisco para que repare las fuerzas necesarias al trabajo; actos de la vida que todos se hallan consagrados á un dios propicio, porque en esta primera época del paganismo, época de la inocencia, los dioses son trabajadores como los hombres, y andan con ellos por majadas y oteros, por valles y montañas, sosteniéndolos con sus ausilios, fortaleciéndolos con su ejemplo, y consolándolos con su dulce y encantadora poesía. (Aplausos.) El culto es sencillo como la religion. Los primitivos griegos no tenían templos, no tenían altares. Un círculo de piedras ciclópeas señalaba el recinto consagrado al sacrificio. Las sombras de las encinas en Dodona, y de los laureles en Delfos, eran el espacio sagrado de la oracion. Allí murmuraban los dioses en las ramas, dulcemente mecidos por las auras que descendian de las montañas, por las brisas que se levantaban del mar. Los montones de piedras eran sus misteriosas aras. Y sobre aquellas aras que todavía se ven por las cimas de las montañas griegas, entrelazaban las flores, las ramas, los frutos de sus campos. Edad aquella verdaderamente candorosa é ingneua, en que solo se conocia el culto de la naturaleza.

Bien pronto esta religion sencilla tenderá á la teocracia, á la organizacion de un sacerdocio, de lo que podriamos llamar una Iglesia pagana, una Iglesia privilegiada, una Iglesia aristocrática. Los dorios serán los depositarios de esta religion, porque los pueblos que tienen una idea, la llevan á todas las esferas de la vida: que tal es su destino. Organizóse, pues, la casta sacerdotal. Podrá decirse que Orfeo y Lino son mihicos, y que sus cantos pertenecen á épocas muy posteriores ó muy alejadas de las que el vulgo de los doctos suele atribuir. Pero no se podrá negar que representan admirablemente el símbolo de las edades teocráticas. El culto es magnífico, ostentoso. La poesía se convierte en religion, los poetas en sacerdotes. Apolo reina en esta edad sobre todos los dioses, como el sol sobre todos los astros. La luz, las estrellas, las armonías de las esferas, la lira, el cántico, todo lo que constituye el mitho de Apolo, es la creencia, es el culto gene-

ral, culto del cielo, del sistema planetario, que indica que el hombre ha levantado la frente del seno de la tierra. Los poetas congregan al pueblo en torno de los templos, y le esplican el origen del Universo en cánticos sublimes, al regalado son de la cítara. Los adivinos consultan los vientos, leen los geroglíficos de luz grabados en los espacios infinitos, y arrancan al porvenir sus maravillosos secretos. La religion es el gobierno, es el arte, es la medicina, es toda la vida. Puede decirse que esta edad teocrática equivale en el desarrollo del paganismo á nuestra Edad medía. El pueblo entrega su conciencia y sus derechos al sacerdocio, que desde el ara reina sin rival sobre las sociedades embargadas por el pensamiento religioso. Todavía se conservan algunos ecos perdidos de aquellas edades religiosas: todavía podemos registrar en los anales griegos los nombres de los Eumolpides y Liconeedes, que pertenecen á la raza de los sacerdotes; todavía en las ruinas de los antiguos templos y en los restos de la sociedad antigua helénica se ven las señales de aquella teocracia doria, sobre la cual se levantaba la luz y el cántico del divino Apolo.

Mas como enemigo del culto de Apolo, aparece, venido de Frigia, el culto de Baco. El primero representa la fuerza, el segundo la vida; el primero es la mecánica, el segundo es la dinámica de la naturaleza. Baco ó Dionusios es el dios del placer, de la vida; el que corre desnudo por los campos, ceñida la sien de flores, rodeado de musas ebrias de placer; el que hace resonar las montañas con el sonido de su flauta; el que reina en las viñas y en los bosques; el que vierte en la copa de los dioses y en los labios de las musas, gotas de olores o vino, é inspira á los inmortales el cántico, la alegría y el amor á la vida, la risa eterna que inunda de felicidad al Universo. Baco y Apolo pugnan un momento; pero se reconcilian pronto. Y en virtud de esta reconciliacion se unen eternamente en concierto divino la lira y la flauta, el sol y los campos, el cielo y la tierra. Desde este punto, desde esta paz religiosa comienzan los siglos de oro del paganismo, y los sacerdotes van á pedirle dogmas, los guerreros fuerza, los poetas inspiracion, los sabios ideas, los pueblos leyes, el espíritu vida, y hasta la muerte sublimes y consoladoras esperanzas.

Pero esta edad media de la religion pagana se desvanece así que brilla en Grecia la gran protesta que nace del pensamiento de Homero, protesta instintiva, como producto del genio; pero protesta en cuya virtud se transforma el espíritu humano. Homero no es solo un poeta, es tambien un teólogo. Tomando entre sus manos toda la antigua

teología, le da nueva forma, nuevo espíritu. El naturalismo es la base de toda la religion de la antigüedad. Pero en este momento supremo puede asegurarse que alborea ya el humanismo, progreso evidente sobre los antiguos cultos. El hijo del pueblo, el genio ciego que vivia en en el universo de su espíritu, el mendigo necesitado de todo, ménos de inspiracion y de poesia; el que recoge la vida griega para trasformarla en su mente, siempre humana, toca con la vara mágica de su idea los troncos de los árboles, los animales, los cuerpos informes que adoran los antiguos pueblos; y en virtud de sus conjuros se rompen estas formas groseras, y aparecen las hermosas divinidades olímpicas vestidas del azul de los cielos, coronadas de luz, hollando las nubes teñidas por los colores del iris, verdadera apoteosis de las formas sensibles y materiales de la humanidad, que comienza á sentirse ya superior á la naturaleza. En pos de Homero, como en pos de un primer principio, viene la serie; vendrá Hesiodo, que escribirá la teología del protestantismo pagano; vendrá Esquilo que nos mostrará á Prometeo, al hombre, habiendo crecido tanto, que con sus manos podrá robar del cielo el fuego que anima la naturaleza y el espíritu; vendrá Sófocles, cuyo Edipo es la conciencia humana que sabe ya mas de los fines de la vida y de los misterios de la muerte que el sacerdocio y sus oráculos; vendrá Polignoto, el Homero de la pintura, que comienza á desasir del símbolo oriental el cuerpo humano resplandeciente de hermosura; vendrá Fidias, que llevará la apoteosis de la forma al límite que no podrá sobrepujar, á la última perfeccion posible en las artes plásticas; y desde este punto se dejará sentir ya la segura, si lenta, descomposicion del paganismo; por los eleáticos, que borran todos los dioses con los resplandores del espíritu; por los sofistas, que contradicen con su dialéctica todos los cultos; por los socráticos, que callan con los gritos de la conciencia todos los oráculos; por los platónicos, que comienzan á evocar el Dios-espíritu; por los peripatéticos, que despojan á la creacion de aquellos genios en su seno encerrados y que la hacian eternamente pagana; por los estóicos, cuya creencia en el alma, única y universal del mundo, es la negacion de la muchedumbre divina que poblaba el Olimpo; movimiento de descomposicion que solo se detiene cuando los privilegiados del mundo antiguo observan que con sus dioses y con sus cultos se van sus privilegios; y se afanan por avivarlos de nuevo en la conciencia humana, y crean el neo-paganismo; inútil conjuro, incapaz de dar vida á los moribundos dioses, porque no hay fuerza bastante á resucitar lo que la razon ha condenado á muer-

te, ni idea bastante á recomponer los ídolos, las aras, que arrastra con soberbio ímpetu hácia el olvido la incontrastable corriente del progreso. (Aplausos.)

Así es, señores, que cuando el Cristianismo subió al trono del mundo, el paganismo había muerto, si no en la conciencia del pueblo, último refugio de los ídolos, en la conciencia de los poetas, de los filósofos, de los repúblicos. Este divorcio entre los espíritus superiores y el pueblo espesaba las tinieblas que caían sobre la conciencia religiosa de la humanidad. La ciencia no alumbraba las ideas religiosas, y en la oscuridad se convertían en groseras supersticiones. Los dioses no eran ya objeto del culto ilustrado de los primitivos sacerdotes, sino del culto materialista y grosero de un pueblo desheredado de la ciencia que iluminara un tanto la antigua fé. Mientras la razón humana se elevaba en alas de la filosofía á esclarecer el horizonte de lo porvenir, por donde amanecía la nueva idea y se levantaba el nuevo Dios, las muchedumbres se perdían en grosero fetichismo. La ley, el estado, sostenían la antigua religion con todos sus dioses, con todos sus oráculos, con todas sus creencias. Pero ni la ley ni el estado podían hacer mas que crear vanas apariencias religiosas. La eterna raíz de la idea religiosa, la conciencia humana ya no alimentaba con su sávia los dioses, y los dioses morían como las hojas de un árbol desarraigado de la tierra. Evehemero había quitado toda su grandeza al paganismo. Para él no eran los dioses ideas, no eran siquiera símbolos de dogmas y de creencia; eran tan solo hombres divinizados por el supersticioso agradecimiento de los pueblos. A este último golpe todo el Olimpo retemblaba, y se desvanecían las doradas nieblas en que se ocultaban los antiguos dioses. Pero al mismo tiempo que retemblaba el Olimpo, retemblaba la sociedad; al mismo tiempo que el altar se estremecía, se estremecían todas las instituciones políticas, á cuya sombra vivieran tantos siglos las naciones. Era necesario restaurar los dioses, abrugarlos de nuevo en la conciencia humana para que volvieran al calor de la vida sus miembros ateridos por el descreimiento de los mortales, que helaba hasta las cimas del Olimpo. Los filósofos neo-paganos encargáronse de hallar este filtro de nueva vida, mediante el cual tornábanse aquellas divinidades, que dirigieran las faenas del campo, que inspiraran á los poetas, númenes protectores de la agricultura y de las artes, en símbolos de ideas puras, cuyos resplandores se perdían en la conciencia de los filósofos sin descender hasta la mente del pueblo.

Así es que en la vida de todos los dioses paganos hay tres fases: la

pelásgica, la homérica, la neo-pagana. Zeus ó Júpiter en los tiempos pelásgicos es el Júpiter Anmon, que guarda los ganados á las orillas del Nilo, ó el dios de Dodona á cuyo culto consagran los pastores las encinas, sin forma determinada, indeciso, como las ondulaciones del viento, como las gasas de las nieblas; en los tiempos homéricos es el rey, el dios de los dioses, envuelto en su celeste manto, sentado en su trono de nubes que se sostiene sobre la tempestad, con su hirviente rayo en las manos, y su aureola de luz en las sienes, acompañado del águila que lleva al través del éther en las blancas alas sus mandatos; Dios, por cuyo aliento se condensan las nubes, en cuya mirada se encienden los relámpagos, por cuya retina pasan los siglos, y en cuyo seno se enrojecen los astros; y en los tiempos alejandrinos es la unidad de la naturaleza, la unidad del mundo sensible; Here ó Juno es en los tiempos pelásgicos la piedra negra coronada de ramas de sauces, humedecidas aún por las aguas de los rios de Babilonia, el aire, la tierra; en los tiempos homéricos la severa mujer, de ojos de buey, que tiene el iris por mensajero, las estrellas por corona; y en los tiempos alejandrinos la variedad del mundo sensible, compañera inseparable de la unidad; Poseidon ó Neptuno en los tiempos pelásgicos es el buey que muje y rumia en el seno de las ondas, divinidad fenicia que representa el huracan; en los tiempos homéricos el anciano de cabellera de algas, de barba de espumas, de manto de estelas, arrastrado en su carro de conchas y corales por los tritones que levantan las nubes á los cielos, seguido de los delfines que saltan en su presencia, rodeado de nereidas que habitan en grutas de cristal allá en los verdes abismos; y en los tiempos alejandrinos es la fuerza que regula todas las cosas. Aphrodites ó Vénus en los tiempos pelásgicos es la informe Anaites, que anda errante de la India á Babilonia, de Babilonia á Fenicia, donde se convierte en Astartes, de Fenicia á Samos; en los tiempos homéricos la hermosa Citerea, nacida en los mares de Chipre, blanca como la espuma, sonrosada como la aurora, de blondos cabellos como los rayos de la primera estrella de la tarde, y de ojos azules como átomos de los cielos, que seguida de las gracias derrama en torno suyo la esencia de todos los placeres; y en los tiempos alejandrinos es el amor universal que llama á todas las cosas á juntarse, á confundirse en el seno de la naturaleza; y todos estos dioses que han pasado del sentimiento de los pueblos á la fantasía de los poetas, y de la fantasía de los poetas á la razón de los filósofos; todos estos dioses objeto de tantas adoraciones, aliento de tantas esperanzas, nacidos en el Oriente

y arrastrados hasta los últimos límites de la tierra por el movimiento del espíritu humano; todos estos dioses que llevan escritas en sus frentes inmortales las ideas de que vivieran grandes pueblos, y encierran en su pecho el aliento divino que animara grandes artes, reunidos en los últimos días de su vida en el Panteon romano, como náufragos que se abrazan sobre un escollo eminente (aplausos), mueren allí, cuando el Cristianismo borra sus ideas con la luz del espíritu, cuando los bárbaros trituran sus cuerpos con sus espadas; y caen unos tras otros como inmensa hecatombe ofrecida en aras de la nueva civilización. (Estrepitosos aplausos.)

Señores, una de las necesidades más vivas del espíritu humano será siempre apagar su sed religiosa. Estudiad cualquier período artístico, cualquier período político, y encontrareis en su seno algo de religioso. No se puede borrar, como en mala hora han creído muchos, la idea religiosa de la conciencia humana. Como la familia, y el estado, y el arte, y la ciencia, la religión es un grado de la idea, es una fase del espíritu. En su virtud el hombre cree en un mundo superior, en un Sér Supremo, y funda su pasajera existencia en una existencia perenne. Arrancad ese sentimiento del corazón humano, y el hombre será un fantasma y el planeta un sepulcro. La religión es institutiva, asiente inmediatamente á la idea, se alimenta más de la fé que del raciocinio, confunde el espíritu individual con el espíritu absoluto. Así es, señores, que en toda la historia encontraremos como lo verdaderamente fundamental, como lo humano en esencia, este ideal religioso, más ó menos puro, más ó menos grande, pero siempre visible como la luz de la vida. Por eso creo, señores, que no debemos menospreciar ninguna de las grandes manifestaciones religiosas de la antigüedad, pues todas ellas componen la idea total religiosa de un mundo. De todos estos movimientos más ó menos imperfectos se ha alimentado el espíritu de nuestros padres en la sucesión de los siglos. Estudiadas absolutamente en sí, encontrareis vanas, mentidas, inmorales, oscuras, todas estas religiones antiguas. Pero estudiadas en el momento en que aparecen, comparad sus dogmas con dogmas anteriores, y alcanzareis que unas han despertado el sentido de lo bello en el hombre, que otras han lavado de sangre humana los altares, que todas son preferibles al descreimiento, á la desesperación, serpientes que hubieran ahogado á la humanidad en su cuna. De la religión del sentido, del fetichismo, se elevó el hombre á la religión de la fuerza, al dualismo. Del dualismo pasó á la religión del trabajo y del comercio. De aquí empe-

zó á nacer la religión del arte, de la hermosura, el politeísmo. Fué en su primer período de vida el politeísmo la religión sencilla de la naturaleza. Y en el segundo período de su vida una teocracia. Y en el tercer período una protesta del espíritu individual contra esa teocracia, una elevación de la conciencia humana sobre los oráculos, una adoración de la naturaleza del hombre. Y en su último período fué una filosofía. El espíritu, pues, necesitando de más altas ideas, pedía á los cielos, á lo infinito, después de haber recorrido en vano para apagar su sed religiosa todas las profundidades de la naturaleza, pedía una revelación.

La historia y la literatura nos guardan grandes testimonios de esta vivísima necesidad del espíritu, de este misterioso presentimiento del corazón humano. Unos marineros que en tiempo de Tiberio vagaban en noche de luna por los mares de Sicilia, oyeron alzarse plañidera voz, como un lamento de las olas, que decía: "el gran Pan ha muerto." Un poeta que naciera á la sombra de los sauces y de los olmos donde suspiraban los antiguos dioses, cantaba con lira heredada de Homero un florecimiento nuevo de la naturaleza, la tierra coronada de flores; el trigo y la vid ofreciendo de grado, sin necesidad de trabajo, sus espigas y sus racimos; la miel destilando del tronco de las encinas, y las ovejas y vacas corriendo á llevar á los apriscos sus pezones exuberantes de leche; porque purificada toda vida, volvían los tiempos de la antigua virtud, de la pristina inocencia. Los pueblos egipcios, olvidados de sus dioses, sin acertar siquiera á leer los geroglíficos en las paredes de sus templos, ni los enigmas que llevaban escritos sus esfinges en la frente, abrían sus santuarios para alojar en ellos á Vespasiano que volvía de Oriente manchado de sangre, y que brillaba sin embargo á los ojos de los adoradores de los astros con el brillo de un dios, porque buscaban un redentor á sus dolores. Los hijos de Partenope, donde el paganismo está arraigado en las entrañas de la misma naturaleza, como oyeron hablar de la inmortalidad de la vida, del alma, á un filósofo griego, le tomaron por dios, y le ofrecieron altares. Los gentiles de la Siria y de la Palestina seguían á Apolonio de Thiana, embargados por sus ideas pitagóricas sobre Dios y las armonías de los mundos, únicas esperanzas de sus desolados corazones. Los esenios despoblaban las ciudades de Oriente y llenaban los desiertos, y entre la maceración y la penitencia solo tenían fuerzas para pedir al cielo que enviara al que había de venir. Los judíos de Jerusalem contaban á sus hijuelos que se acercaba un Mesías, pronto á dar